



TOMO VII.—NÚM. 21.

REVISTA LITERARIA.

AÑO VI.—NÚM. 316.

ANUNCIOS: á precios convencionales.

Director propietario: VALENTIN L. CARVAJAL.
Administracion, Lepanto 18.

SUSCRICION: 3 pesetas trimestre
en toda España.

Número suelto, un real.

ORENSE.—MIÉRCOLES 30 DE ABRIL DE 1879.

SUMARIO.

A torre d'á Insua, por J. Barcia Caballero — Ofrenda (poesía), por Emilia Calé Torres de Quintero — Elecciones en Celanova. — Miscelánea. — Correspondencia del Galicia, — Ecos de Orense — Anuncios.

A. TORBE D'Á INSUA.

Salud, verdes riberas del pintoresco *Ulla*, fértiles vegas de *Carvia*, sombríos robledales de *Cora* pensil florido de la escondida Galicia! Vuestro recuerdo vivirá siempre grato en mi memoria. ¡Cuántos encantadores ensueños me he forjado á vuestra sombra! ¡Que mundo de doradas ilusiones habeis hecho crear á mi juvenil fantasía! Yo os contemplo con vuestros verdes maizales, con vuestras campiñas de esmeralda, con vuestros oscuros bosques y vuestros alegres viñedos. Con los ojos del alma os veo desde aquí y os envío un amantísimo suspiro!

Allí, en medio de una risueña vega, som-

breada por perales y manzanos y rodeada de parra, hay una casa que asoma su encarnada cabeza por entre las copas de los árboles; y que casi se baña los pies en las aguas de un diminuto arroyuelo que pasa la vida murmurando de esta libertad de su vecina. Uno de sus costados mira á un huerto tan estenso como inculto, donde campean en amigable consorcio los frutales y las vides en union de las matas de rosales y de hortensia. Una frendosa pasionaria trepa y se entrelaza por la balconada de una espaciosa solana, teatro á veces de encarnizadas luchas entre los huéspedes del palomar vecino y un ejército de gallinas que se creen con mas derechos al grano que el propietario les abandona. Robustas vides, en elevados postes sostenidas, forman un verde toldo que corre á lo largo de este lado de la casa, dando sombra á una mesa de piedra y algunos rústicos asientos.

El costado que forma ángulo con este hace con él un singular contraste. Construido todo de negros sillares de cantería, manchado á trechos de amarillo musgo, ostentando en su parte mas alta un escudo de armas y de aspecto severo y tres, es la an-



titiesis de su compañero, revocado de blanquisima cal y bordado de pámpanos y flores. Forma la casa un martillo cuyo hueco ocupa el corral; y en general tiene un cierto sabor antiguo, no del todo desagradable.

En ese oculto nido pasé algunos dias de mi vida, de esos bellos y rientes de la infancia, en cuyo reloj falta la hora de la amargura. Muchas veces en medio de mis infantiles juegos solia trepar por unas enormes canterías que yacian en uno de los ángulos del corral; y mas de una me detuve á contemplar las estrañas figuras que tenian esculpidas. Un mónstruo inverosímil, de esos que solo se ven en los desvarios heráldicos, con cabeza de águila y cuerpo indefinible; árboles con mas copa que tronco, arabescos caprichosos y enigmáticos gergolíficos; y en medio de todo esto, uno como esbozo de la figura de un hombre, he aqui el rarísimo decorado de aquellos restos. Ostigado por la curiosidad preguntaba de donde vinieran tan estraños objetos y me contestaban invariablemente:—*Da torre d' á insua*—y mi curiosidad de niño quedaba satisfecha. Hombre ya, quise averiguar lo que significaba aquella respuesta; y á fuerza de preguntas y pesquisas, hilvanando retazos y zurciendo girones, recogí la siguiente sencilla narracion,

I.

Es el *Ulla* uno de los mas pintorescos rios que riegan este olvidado rincón del mundo. Atraviesa jugueteando la comarca á que da nombre, yendo siempre por el camino mas largo como si le pesase abandonar tan bellisimos lugares. Cruza aqui un frondoso bosque cuyos copudos robles, le forman una bóveda de ramaje; atraviesa allá un extenso praderío donde se desatan sus plateadas ondas; ya refleja en sus aguas los verdes pámpanos y las doradas mieses, ya el melancólico rumor de los pinos hace á su murmullo mágica armonía; en un lado con su poderoso empuje separa una montaña para abrirse paso á su través, en otro, rota su corriente en mil canales, deja entre ellos cien isletas á cual mas bella y caprichosa. Es una de estas bastante extensa para distinguirse de entre las muchas que la rodean.

Hace muchos años veíase en ella una alta torre cuadrada vetusta ya y medio en ruinas. El tiempo con su implacable poder habia resquebrajado los negros sillares que la formaban, por cuyas grietas asomaba su pulida cabeza la vivaracha lagartija; las barras de sus rejas roídas por el orin, cimbra-

ban con lúgubre sonido cuando el viento las sacudia en sus gastados asientos, haciéndole desapacible concierto alguna piedra desprendida de las vacilantes bóvedas que rodaba con estrépito por las gastadas ramplas. Del macizo porton que otro tiempo defendia la entrada, solo quedaban los apolillados goznes como mutilados restos, y todo su aspecto respiraba un no sé que de imponen y sombrío. Contemplada desde la orilla, allá en las frias noches del aterido invierno, cuando la nieve dejaba vagar sus desgarrados girones en derredor de la sombría torre; y la lechuza lanzaba su dolorida queja, semejaba un medroso fantasma surgiendo del rio cuyo ronco murmullo era su poderoso aliento y la bruma que la envolvía su fantástico ropaje.

Corrian acerca de esta torre los mas estraños relatos; haciendo subir su antigüedad á una fecha fabulosa y atribuyéndole extravagantes orígenes, contábanse de ella cien consejas á cual mas rara y peregrina. Quien aseguraba que debia su origen á los *moros* que hacian de ella uno de sus centros de rapiña; quien decia al contrario que era uno de los fuertes opuestos á sus correrías; no faltaba quien mas fantástico ó mas crédulo afirmaba que debia su construccion al espíritu maligno; y era el *aquejarre* de las *brujas* del contorno; llegándose á decir con toda seriedad haber visto los sábados á la noche, como por los aires concurrían á su tenebroso conciliábulo.

Sea de esto lo quiera, es el hecho que la torre existia y que su tremenda fama alojaba de ella á todos los habitantes de las cercanías. Y en honor de la verdad, hay que decir que algo habia en el fondo que daba la razon á aquellas sencillas gentes. Muchas veces al comenzar la noche ó sobre la mañana, oíanse allá en las entrañas de la sombría torre estraños ruidos, voces confusas y gritos inarticulados; todo ello mezclado acaso con alguna estridente carcajada; y algun campesino que á deshora acertó á pasar por allí en busca de una res perdida, aseguraba bajo su palabra de hombre honrado que en el interior de la torre viera brillar intenso resplandor que salia al través de traga luces y saeteras, y aún que alrededor de las miras vagaban unas fugaces sombras que se perdian en la oscuridad.

Eran todas estas poderosas razones para que nadie quisiese trabar conocimiento con los misteriosos habitantes de aquella antigua fortaleza. Al contrario, poníase especial esmero en frecuentar lo menos posible sus alrededores; y bien puede asegurarse

que sería difícil encontrar quien se atreviese á cruzar aquel pasage despues de anochecho.

II.

Eran las diez de la noche de una de las mas frias del mes de Enero. Pardos y gruesos nubarrones rodaban por el espacio, impedidos por un duro viento del Norte. A veces por un giron de la bruma veíase un pálido rayo de luna que esparcía su tibio resplandor. Todo dormía arrullado por el sordo mugir del viento: solo se escuchaba el monótono susurrar del rio, que seguía su eterna peregrinacion *A torre d' a insua* se levantaba en medio dél, sombría y sola, cercada de medrosos rumores. Redoblaba el viento sus mugidos al resonar en sus concavidades; y la oxidada veleta, que coronaba sus paredes, giraba con áspero chirrido. Bajo la derruida bóveda de la única habitacion que conservaba; y alumbrado por la opaca luz de una antorcha de resina, veíase un grupo de hombres de estraños trajes y siniestra catadura, que permanecían silenciosos y meditabundos. En el centro, uno de varonil aspecto y alta estatura, de rostro agraciado y casi simpático, que por su traje y maneras parecía ser el jefe, les dirigía la palabra.

—Ya veis, les decía, que no es posible sostenernos mas en esta posicion. De poco nos sirvió propalar acerca de nuestra guarida terroríficos rumores, con objeto de alejar á curiosos é importunos. Las gentes empiezan á desconfiar; y no tardará mucho el día en que nos descubran por completo. En vano os encargué prudencia y discreccion: vuestros repetidos robos en las cercanías, alguno de los cuales dejó tras sí sangrientas huellas, que no supisteis borrar, ha hecho cundir la alarma y nacer las sospechas. Hoy mismo oí nombrar esta torre como el lugar de nuestro refugio, que tendremos que dejar al fin. Y no es esto lo peor; sino que hicieron estas gentes tan recelosas que es muy difícil entrar en sus bolsillos ó en sus casas. ¡Lástima de mina mal explotada!

—Y bien, capitan, dijo uno de ellos; tu dirás lo que hay que hacer.

—Lo que antes os he dicho: dar esta noche el último golpe y abandonar despues este nido de lechuzas: ¿Estais decididos?

—A lo que quieras, respondieron todos.

—Entonces salgamos.

Y diciendo y haciendo se lanzaron fuera de la torre. Por una vieja poterna sacaron un pequeño esquife que arrastraron hasta el rio. Embarcáronse los bandidos; y despues

de llegar á la orilla y ocultar el barquichuelo en un remanso, se perdieron en la sombra.

III.

¡Que hermosa era Gertrudis la hija única del anciano Pablo! Jamás jóven alguna de diez y siete años atrajo con mas justicia las miradas de las gentes. Sus rubios cabellos parecían dorados por los rayos del sol naciente; en sus dulces ojos azules brillaba de continuo una mirada tranquila y diáfana como las aguas de un lago; y sus labios encendidos con la flor del granado se entreabrían siempre con una eterna sonrisa, tan pura como su alma. Cuando aparecía en la *ruada*, con su rizada *cofia* y su airoso *dengue*, descollaba entre todas por su gentileza y galanura; y cada vez que al compás de la alegre gaita y del ruidoso tamboril bailaba una *rueda* ó *trenzaba* una *muiñeira*, enarzaba los corazones con tanta gracia como sus diminutos piés que bullían sobre el césped.

Escusado será decir que con tales condiciones no le faltarian pretendientes; mucho mas si se tiene en cuenta que su padre pasaba con fundamento por el mas acaudalado de la comarca. Gertrudis era pues, festejada en la romería, buscada en la aldea, rondada en su casa y requebrada siempre.

Pero apesar de tener por galanes á los mas apuestos mozos de los contornos, no se sabia que jamás diese oídos á sus amorosas quejas. Sonreía á todos, hablaba á muchos y no correspondía á ninguno. Y no se crea por eso que en su corazon no tuviese entrada la ternura. Incapaz de no dolerse del infortunio, prodigaba sus consuelos y sus lágrimas á cuantas desgracias hallaba en su camino; era la providencia de los pobres y el ángel bueno de los niños. De estos veíasele rodeada cuasi siempre. Su alma inmaculada sentía una atraccion irresistible hácia esos candorosos seres, de rizada cabecita y sonrisa de ángel, de los que son trasunto fiel; y entre ellos y su padre repartía su cariño.

Habia otro objeto además que ocupaba el predilecto lugar de su corazon. Todas las tardes, cuando el sol declinaba hacia el ocaso y enviaba á la tierra su último beso, veíase á Gertrudis, acompañada de sus pequeños amigos y llevando en la mano un ramillete de silvestres violetas ó de amarillas primulas, dirigirse á una modesta hermita cercana á su casa. Llegada allí depositaba su ofrenda á los piés de una imagen de Maria; y á coro con los peñuelos, entonaba misticas plegarias. ¡Cuadro encantador



formaban entonces aquella hermosa doncella y aquel grupo de ángeles! El semblante de Gertrudis resplandecía, iluminado por el gozo: y habia momentos en que se entregaba á un completo éxtasis. Por aquella imagen tenia una verdadera adoracion. De este modo se deslizaba la vida de Gertrudis, tranquila como la sosegada corriente de plácido arroyuelo.

Una noche, acababa su frugal colacion, retiráronse padre é hija á sus respectivos dormitorios. Apenas dormido el anciano, despertó sobresaltado, y vió delante de si algunos hombres en actitud amenazadora. Al intentar levantarse, uno de ellos le asestó una terrible puñalada.

—¡Dios mio!.... ¡Mi hija!, exclamó y cayó muerto.

Poco despues se retiraban los bandidos á su madriguera; dos de ellos conducian desmayada á la infortunada Gertrudis. Llegaron al rio, lo atravesaron en su barca y se internaron en la torre.

¡Terrible noche fué esta para aquella comarca! La tempestad se desencadenó con toda su furia y dejó tristes recuerdos de su paso. Silbaba el viento horriblemente; retorcianse á sus esfuerzos los robustos robles y se quebraban cual frágiles cañas; el cielo oscuro, encapotado y denso amenazaba caerse sobre la aterrorizada tierra; retumbaba el trueno con estrépito haciendo crugir las montañas con su estridente tableteo; y el universo entero parecia desquiciarse. ¡Terrible noche fué esta para aquella comarca! Sus habitantes creyeron llegada su última hora.

Al siguiente dia un sol despejado y brillante alumbró el lugar de los pasados horrores. Salieron las gentes á contemplar los siniestros, y á cada paso encontraban ocasion de admirar los estragos de la tormenta. Arboles arrancados de cuajo, muros derribados terrenos removidos y otros cien destrozos atestiguaban la violencia del huracan. Pero sobre todo lo que atrajo la admiracion y el pasmo fué un singular acontecimiento. *A torre d'á insua* habia desaparecido.

Cuentan los campesinos que desde entonces vése muchas noches una blanca sombra, vaga y vaporosa que parece revolver sobre el rio y lanza lastimeros ayes. Segun ellos, es el alma de la hermosa Gertrudis que ronda su sepulcro.

J. BARCIA CABALLERO,

OFRENDA.

Á LA QUERIDA MEMORIA DE LA SEÑORA

DOÑA JUANA CHAMAR DE TOMASEO.

Hácia esa tumba apartada
Que ya encierra tus despojos,
Dirijen mis tristes ojos
Su cariñosa mirada,
Aun cerrándote la nada,
Y entre el polvo de la escoria,
Fiel te busca mi memoria:
Que de la muerte el misterio
Y la paz del cementerio
Borrar no pueden tu historia,

Llorarte fuera un error,
Pues colmada tu esperanza,
Hoy, ya feliz tu alma alcanza
Vivir en mundo mejor,
Una senda de dolor
Aquí te marcó el destino,
Sufrir ha sido tu sino,
Y en tan malhadada suerte,
Fué hermosa aurora tu muerte
Que iluminó tu camino.

Sobra en verdad la oracion
Que amante el lábio murmura,
Para el alma grande y pura
Dechado de perfeccion,
De santa resignacion
Fuiste acabado modelo;
Hoy, fruto de tanto duelo,
Y por premio á tu martirio,
Renaces cual blanco lirio
En los verjeles del cielo.

De las lágrimas vertidas
Por el dolor de tu alma,
Germina la verde palma
Del sepulcro donde anidas,
Tu ves no han sido perdidas,
Que al instante de verterlas
Quiso el señor recojerlas,
Para darte allá en su gloria,
Tras tu vida transitoria
Una diadema de perlas,

Hoy el divino fulgor
Que el hombre acá no vislumbra,
La senda escabrosa alumbrá
De las hijas de tu amor,
Cuando á impulso del dolor
Su debil planta vacila,
Alzan su frente tranquila

